



Las lesbianas hablan de transgeneridad

Zachary Nataf



Las lesbianas hablan de transgeneridad

Subjetividad transgénero

Una de las preguntas que con mayor frecuencia se les hacen a las personas transgénero es “¿por qué piensa usted que no pertenece al mismo género que su sexo anatómico?”. ¿Se puede decir que estas personas disfóricas eligen su género en mayor medida de lo que se puede decir que lesbianas y gays eligen su sexualidad? ¿Ellas se convencen de que sus cuerpos no son los que les corresponden como supuestamente gays y lesbianas se convencen de que no son heterosexuales? La clave de este asunto se puede encontrar en la distinción entre género y sexo, cuyo paralelismo es más cultural que natural, y en una visión de la identidad como proceso. El género se puede dividir en: asignación, rol, identidad, estatus, estilo relacional, atribución y biología, por ejemplo. Todos esos componentes no necesariamente tienen que ser consistentes entre sí.

La *asignación*, por ejemplo, es el dictamen acerca del sexo morfológico de un individuo que pronuncia la médica o el médico de acuerdo con lo que ve en el momento del nacimiento, y que constituye la base del subsecuente registro de su *estatus* o categoría sexual. Los *roles sexuales* representan la expresión de las señales que revelan el género mediante la apariencia, la ropa, la forma de actuar y las tareas sociales esperables, como el tipo de trabajo que se tiene, por ejemplo. Los *estilos de rol* de género indican masculinidad, feminidad, androginia o ambigüedad. La *identidad de género* es la sensación subjetiva de ser de determinado género, la sensación de “quién soy”. Éste es el punto central para las personas transgénero, porque su sensación de identidad puede verse desestabilizada cuando se enfrentan al género que otras personas les atribuyen. Si el cuerpo y la identidad son dos cosas separadas, entonces la realidad de la propia experiencia de pertenecer a una categoría puede fácilmente ser diferente de la realidad que ve otra persona desde afuera y sobre la base de la cual le atribuye a una/uno un género, sobre todo si la persona que observa cree en la coherencia entre sexo y género como un sistema total.

Todo aquello por lo que vives, los valores que defiendes, son todas teorías. No se sienten como teorías porque son parte del discurso dominante, se las siente como algo normal. Pero en realidad son conjuntos específicos de afirmaciones sobre lo que significan los cuerpos, el sexo, etc. Lo que yo hago es ver todo eso en forma diferente, y expresarlo. Hay personas que creen en masculino y femenino. Ésa es una teoría. Sólo que no parece serlo, la gente la vive como verdad esencial.

Riki Ann Wilchins

La respuesta que dan las mismas personas transexuales acerca de la discordancia entre su estatus o categoría, su identidad y su rol de género, y acerca de cómo hacen ellas para saber que sus identidades difieren de sus cuerpos, suele ser “simplemente lo sé;

siempre lo supe, desde que era muy chiquita/o". Esta afirmación no resulta muy convincente para la mayoría de las personas que no son transexuales. Pero estas criaturas superdotadas en cuanto al género, más cuestionadoras tal vez que las marimachitas y los nenes maricones comunes, parecen saber algo que la mayoría de las personas adultas jamás sabrán: que no es necesario atenerse a las reglas del género. Y con un solo deseo mágico o una promesa eterna se liberan de esas reglas por siempre jamás.

Simplemente es algo que puedo sentir. No me di cuenta hasta que me operé. Yo sabía que no quería tener tetas. Me quería librar de ellas. Y me llevó mucho tiempo pero finalmente me libré de ellas, y después sentí que tenía que hacerme una histerectomía. Sabía que lo quería hacer pero no sabía por qué. Y luego, después de la operación, cuando tuve el cuerpo que quería, y sentí que era físicamente andrógino, entonces pude descubrir mi identidad y aceptarla. Es como si mi ser físico y mi ser mental se hubieran unido.

Christie Elan-Cane

Yo tenía una fantasía recurrente, mucho antes de haberme dado cuenta de que era transexual: iba caminando por la calle y me imaginaba preguntándole la hora a alguien, y esa persona se dirigía a mí tratándome como si yo fuera hombre. Entonces tomaba conciencia de lo que estaba pensando, sentía vergüenza y dejaba de pensarlo. Pero eso es bastante importante, mis interacciones con la gente, y que ella me viera como varón. Yo no sentía que mi cuerpo tuviera nada de desagradable, cosa que —en mi opinión— es lo primero que sienten muchas personas transexuales.

Martin

La sensación, arrolladora, es que se trata de algo que no está en la mente sino en el cuerpo o en el cerebro. Sexo cerebral, lo llaman. Para algunas personas es algo más etéreo, localizado en el alma. Para otras es más visceralmente físico, del soma, y toma la forma de penes, vaginas o pechos fantasma, o la ablación de estos últimos. O pueden ser todas esas cosas en diferentes momentos, según la persona.

Que mi acertijo pudiera ser simplemente una cuestión de pene o vagina, testículo o matriz, me sigue pareciendo una contradicción, porque no tenía que ver con mi aparato genital sino con mi ser... Para mí el género no es físico en lo absoluto, sino que es por completo insustancial. Está tal vez en el alma... Es la esencialidad de una misma, de uno mismo, el psiquis, el fragmento de unidad.

Jan Morris, Conundrum

El que va de mujer a varón vive un cuerpo masculino todos los días de su vida. Mediante una fantasía fuerte, que todo lo absorbe, él "siente" sus hombros anchos, "siente" su pecho plano, su voz grave. Con esa imagen de sí tiene que enfrentarse cada vez que se mira al espejo con alguien a quien no puede reconocer. Él sabe que tiene un cuerpo femenino, pero es algo que no encaja en su percepción de sí. Él sabe que tiene pechos, pero los considera meras protuberancias que no pueden producirle ninguna sensación placentera, y por lo tanto se los venda para que el pecho le quede liso, y su cuerpo se adapte a la imagen que tiene de sí mismo.

Lous Sullivan, From Female to Male

Narrativas transgénero

Los relatos de las personas transexuales acerca de su identidad de género fija e inmutable (si bien correspondiente al opuesto de su sexo anatómico) no pueden ser tomados en forma literal, dada la inmensa presión ejercida sobre ellas para que produzcan el tipo de historia de vida que les va a dar lo que quieren del establishment médico-psiquiátrico. Para dar un paso más en este problema, pensemos que el proyecto de reconstrucción autobiográfica en el que se embarcan las personas transexuales, si bien más acotado y motivado del que podemos encarar cualquiera de nosotras o nosotros, no es del todo diferente en su naturaleza. Todas las personas debemos reprimir información que le causa problemas a la narrativa aprobada por nuestra cultura particular acerca de la identidad y del ser, y la consistencia con el género que se nos atribuye es un elemento muy importante en esto.

Judith Shapiro, Transexualismo

Fui a la clínica de identidad de género. Te hacen preguntas sobre cosas en las que no querés pensar, en las que la mayoría de la gente nunca tiene que pensar. Cosas que siempre aceptaste, de repente te las cuestionan. Preguntas como “¿Qué te hace pensar que sos varón?”. ¿Cuántos hombres pueden responder a esa pregunta? ¿Qué es lo que te hace varón? Es algo más que la forma en que está construido tu cuerpo. De repente tenés todas esas preguntas para responder, y eso afecta muchísimo la forma en la que te ves a vos mismo.

Gerry

Las narrativas de transición, como las historias de lesbianas y gays acerca de cómo se asumieron, son procesos heroicos de descubrirse y nombrarse a sí mismo/a, y van de la epifanía a la aceptación, la decisión y el compromiso de cambiar/se, la corporización de ese cambio o renacimiento, los primeros estadios de la nueva vida, y el que esa identidad sea aceptada por otras personas. Es durante ese proceso que se busca una cierta forma de estabilidad de género, junto con el alivio de la ansiedad y el malestar que provoca la disforia de género.

La forma que finalmente toman la identidad y el rol de género puede ser más o menos fija o fluida, según la persona en cuestión. El caos, el miedo y el dolor que implica vivir esta experiencia se ven encapsulados en narrativas convenientes acerca de los orígenes y la toma de conciencia de la condición, hasta el momento en que se llega a sentir como propio el otro género, y la meta de lograr un nuevo sexo mediante la conversión genital. Dado que la operación se concibe como algo muy radical, durante su transición las personas transexuales deben contar una multitud de historias a su familia, amigos/as y empleadores/as, así como a sí mismas y a los/las médicos/as y psiquiatras, para que su situación se considere “verdadera”, y deben permitir que una y otra vez se evalúe si su decisión fue precedida por una deliberación sana y ética. Con esto viene el argumento bien estudiado y bien ensayado que constituye el caso clínico típico que se presenta a quienes guardan las llaves del tratamiento. Saben que cualquier desviación del libreto puede poner en peligro el tratamiento; la reproducción de la historia clásica gana frente a la verdad. Las clínicas de género refuerzan conductas convencionales, conservadoras y estereotipadas, así como la idea de una identidad de género sin ambigüedad alguna, fija

y coherente, en contra de la experiencia de la mayoría de las personas transgénero, en el sentido de que su identidad evoluciona y cambia.

Les dije que soy bisexual, pero que prefiero a las mujeres. Así era como yo me veía a mí misma en ese entonces. Creo que no fue lo mejor que pude haber dicho. Pensé que no tenía ganas de mentir, y de presentar la historia clásica que se esperaba de mí. Intenté ser lo más honesta que pude. Y probablemente esa no fue la mejor política. Por eso todo me llevó mucho tiempo. Siento que perdí cinco años de mi vida. Que viví a medias durante cinco años.

Caroline

Siento que la profesión médica está llena de basura. Hace dos o tres semanas discutí con una psiquiatra sobre el hecho de que no todas las mujeres son héteros, y de que muchas no quieren serlo. No le dije directamente lo que yo estaba pensando ser, porque eso hubiera sido una amenaza para mi tratamiento, el solo hecho de decirlo. Ellos y ellas deberían saber más, pero es una profesión dominada por héteros blancos/as de clase media. Y a mí se me hace difícil convivir con eso, muy difícil. No están en contacto con el mundo real, algunos y algunas. Creen que su manera de vivir es la única correcta.

Josephine Asher

Lou Sullivan, en Estados Unidos, fue el primer trans de mujer a varón que les dijo a las autoridades "yo soy gay". En ese entonces, hubiera sido imposible hacer algo así en Manchester o en Londres. Y recién ahora se está haciendo posible en el sentido de que hay gente en nuestra comunidad que sale a educar a las y los profesionales de Charing Cross diciéndoles: "¿Ustedes se dan cuenta de que hay personas que se van a identificar como varones gays o bisexuales?". Recién están empezando a recibir este mensaje.

Stephen Whittle

Louis Sullivan, un trans de mujer a varón que murió de sida en 1991, se asumió como varón gay ante la comunidad transgénero de Estados Unidos en 1989. Louis se contactó con Ira Pauly, uno de los más reconocidos investigadores pioneros en psiquiatría transexual, con la esperanza de educar a las y los profesionales acerca de la diferencia entre el género y la orientación sexual. A Louis lo habían rechazado en muchas clínicas por haberse presentado como varón gay.

Una de las formas narrativas más insidiosas que exigen las clínicas (únicamente a quienes se tratan por disforia de género) es la construcción de una nueva historia personal plausible: un relato ficticio de la infancia y de la vida antes de la transición, reescrito utilizando el nuevo género.

Al conflicto de género se le da expresión corporizada mediante la cirugía, produciendo el cuerpo como relato. Este cuerpo transexual inscrito mediante la "violencia textual" finalmente permite que la representación de las contradicciones y de la ambigüedad, "el caos de la experiencia de género vivida", se pueda leer en forma inteligible.

La única forma de expresión artística que se nos ha permitido a las personas transexuales y transgénero ha sido el arte de la autobiografía. Y ésta no es una declaración biográfica, trata de la subjetividad y la misma naturaleza subjetiva del ser. Creo que proporciona una riquísima información acerca de cómo las personas pueden reconstruir, no sólo deconstruir, nociones de género.

Stephen Whittle

No creo en las categorías de femenino y masculino más de lo que creo en la de transexual. No es posible entender mi cuerpo leyéndolo desde alguna de esas categorías. Tal vez yo sea realmente una mujer transexual. Podemos discutir acerca de si soy mujer o no. También podemos discutir acerca de si soy varón. Mi cuerpo no tiene sentido encuadrado en esos términos. Entramos en un proceso de inscripción cultural que hace del género algo significativo e intangible. Pero no es algo que esté en la naturaleza, está en el lenguaje.

Riki Ann Wilchins

Transición

La transición entre vivir cumpliendo determinado rol de género y pasar a cumplir otro está llena de dificultades. Algunas/os familiares y amigas/os prefieren ignorar el cambio, que tal vez les exija cambiar a ellas mismas o ellos mismos, y niegan por completo que algo esté sucediendo.

El primer obstáculo para quienes saben que una persona cercana está en transición es recordar el cambio de nombre y de pronombres. Algunas personas se niegan a cambiar de pronombres, aun cuando es obvio que deberían hacerlo. Esto suele generar fuertes conflictos, porque en general significa que la persona que no es transgénero no ha aceptado el cambio de rol de la otra. La reasignación de género es angustiante y difícil de entender para la mayoría de quienes no son transgénero porque no han tenido todos los años de su vida para ir acostumbrándose a la idea —como ha sido el caso de la persona transgénero— y porque sacude la creencia básica de la mayoría de la gente en la permanencia del sexo y el género.

Marjorie Garber, en *Vested Interests*, considera esta “confusión pronominal” (o “disforia pronominal”) como un indicador del atravesamiento de límites que hace de la subjetividad marcada por el género algo tan problemático. El género es también un hábito. Es decisivo en cuanto a la forma en que tratamos a otras personas y en cuanto a nuestra propia conducta, pero se trata de un mecanismo que en su mayor parte permanece inconsciente hasta que alguien lo transgrede, acto que inmediatamente genera una sensación de choque en las otras personas, la de que está sucediendo algo peligroso y antinatural.

La forma en que se presenta una persona transgénero que está viviendo plenamente en su nuevo rol es ambigua al comienzo de su transición. Emite señales de género contradictorias, de tal manera que es casi imposible adivinar cómo va a ser percibida la persona en cada encuentro que mantenga con otras u otros, es decir, si van a entender a qué género pertenece o si no van a poder ubicarla en ninguno. Este no saber puede producir hostilidad. O hacer que la gente se quede mirando. Y miran con toda impunidad, como si la persona transgénero no fuera humana.

Siempre hay un lapso entre el momento en que las personas transgénero aceptan su verdadera identidad de género y el momento en que el resto de la gente las percibe de acuerdo con esa identidad. A menudo ese lapso son años. En ese período la persona transgénero espera por las señales corporales que van a confirmar su percepción de sí. Este proceso también lleva años para completarse. Completamente vestida o vestido tal vez una o uno tenga todo lo necesario para ser percibida/o en el rol social correcto, pero cuando una/o se ve de repente en un espejo suelen producirse momentos esquizofrénicos. Cuando los cambios comienzan a aparecer, surge la euforia.

También está la cuestión de la “segregación urinaria” (Garber), que es obligatoria en los baños públicos. Cuando la persona transgénero en transición comienza a utilizar el otro baño, la ruptura del tabú que significa hacerlo y la sensación de estar transgrediendo pueden producir angustia. Es el miedo a ser descubierta/o pero también, a veces, la confusión y la incapacidad genuinas para decidir cuál es el baño que realmente corresponde usar, dado que la persona se encuentra en una situación intergéneros. Algunas/os tienen que comprometer lo que sienten de una manera alienante en situaciones laborales.

Cuando se cruza la línea borrosa que divide los roles de género sociales y a la persona transgénero en transición la perciben 98% en el rol que ella prefiere, hay quienes sienten que la transición ha terminado. Para otras, en cambio, es la corporización lograda mediante cirugía la que determina el fin del proceso. Antes de eso, sin embargo, está la necesidad de descondicionarse y reconstruirse a sí misma/o, acostumbrarse a las expectativas de género de las otras personas —como la camaradería masculina o las atenciones sexuales no deseadas para las mujeres— y el adaptarse a las pérdidas, ganancias y nuevos privilegios que trae la transición, así como a la experiencia única que significa ser transgénero en una sociedad con una marca de género tan rígida.

Desgraciadamente, cuanto mejor yo pasaba por varón, peor me llevaba con las mujeres. Las interacciones sociales se me volvieron del tipo “yo Tarzán, tú Jane”, instigadas por las propias mujeres. Yo sabía que era el mismo de siempre, pero de repente las mujeres me exigían que en vez de simplemente hablarles, también las sedujera, las protegiera, supiera arreglar cualquier aparato que me pusieran adelante y levantara pianos. Cuando llegábamos a casa de una de ellas, a veces me daba a mí la llave para que le abriera la puerta.

Kevin Horwitz, *The Art of Passing*

Me di cuenta que ya no me quedaba mucho de privilegio masculino cuando lentamente la paz comenzó a aparecer en mi vida. Ya no soy en lo absoluto tan posesiva y territorial como solía serlo. No me desespero tanto por conseguir o retener las cosas como lo hacía antes. Aún deseo. Aún busco. Pero ahora es muy raro que use la fuerza. Para mí, esa es la ventaja de haberme librado de los privilegios masculinos. Las desventajas son obvias: sueldo más bajo, menos seguridad, más miedo en la calle, menos oportunidades laborales. Todos esos inconvenientes me hacen considerar el valor de lo que perdí. ¿Realmente quiero participar de una cultura que le dé más valor a la codicia y a la adquisición de bienes que a la paz y al crecimiento compartido?

Kate Bornstein, *Gender Outlaw*

Cuando surge el tema del privilegio masculino, generalmente me río. Yo tenía más privilegios como mujer de los que tengo ahora. Pero eso habla más bien del escalafón que reina en el gallinero masculino, en el cual yo ocupo el palo de más abajo. Debo admitir que tengo ciertos privilegios masculinos... por ejemplo, cuando hablo por teléfono por cuestiones de trabajo la respuesta que obtengo es más rápida y más amable, y también me siento más seguro en la calle... O me resulta más fácil ejercer un rol de liderazgo, porque la gente me toma más en serio. En general, el privilegio masculino me parece algo intangible, algo a lo que resulta difícil meterle mano. Los hombres pagan un precio alto por estos privilegios, y creo que los hombres transgénero pagamos uno más alto todavía.

Kevin Horwitz, *The Art of Passing*

Aquí es donde quiero estar, pero no es gratis. Tuve que abandonar algo, y no fue fácil. Tuve que decirle adiós al ser torta. Si voy a una reunión de lesbianas, nadie me ve. Soy invisible. A menos que me conozcan de antes, y entonces sí es diferente. Las mujeres ya no confían en mí como solían hacerlo.

Max Wolf, entrevista con Cherry Smith

Genitales que funcionan

Pienso que lo biológico y en particular los genitales son decisivos para la noción que esta cultura tiene del género. Y creo que va a pasar mucho tiempo antes de que esa influencia disminuya. Y creo también que durante ese tiempo, que yo veo como muy, muy largo, siempre va a haber personas para quienes la cirugía de conversión va a ser algo imprescindible para sentirse bien.

Kate Bornstein

Mientras el cuerpo desnudo suscita respuestas en los hombres y en las mujeres, habrá transexuales. Las mujeres que adaptan sus cuerpos a una apariencia masculina lo hacen para poder relacionarse con los hombres de la manera en que otros hombres se relacionan entre ellos, y con las mujeres, tal y como los hombres se relacionan con ellas, sean gays o héteros.

Louis Sullivan, *Female to Male*

“Está de acuerdo en mostrarte”. Hebe esperaba, retorciéndose el pijama con los dedos, mostrándome su vulva, que era ancha, hermosa, con pliegues y pliegues de piel rosada. De adentro asomaban el pene flácido y los pequeños testículos. Le pregunté si algo de todo eso funcionaba, y él me dijo “depende de lo que usted entienda por funcionar”.

Darcy Steinke, *Suicidal Blonde*

Los genitales y las prácticas sexuales de las personas transgénero suelen ser materia de horror, excitación y fascinación para los medios y para las personas no transgénero. Por más de que las los transexuales insistan en decir “yo soy más que mis genitales” o que sus parejas afirmen hacerles el amor a las personas y no a los órganos, tanto las personas transexuales como las que no lo son tienen que enfrentarse al imperativo de la existencia de una genitalidad cultural, para la que no importa la anatomía sexual —natural o conseguida— que tenga una persona.

En la sociedad, la gente da por sentado que una o uno tiene los genitales que le corresponden al rol de género que exhibe. Este presupuesto les permite a las personas intersexuales, a las/los transexuales que aún no se han operado y a aquellas/os que no quieren operarse, mantener relaciones sexuales sin amenazar las categorías de género tradicionales. La desestabilización de las categorías de género es una transgresión de límites que viola tabúes profundos y produce horror, pánico, repulsión, desorientación, y en el peor de los casos una suerte de esquizofrenia existencial. La presión para preservar categorías de género fijas e inteligibles también causa que la persona de género intermedio intente aliviar su disonancia y fijar su identidad haciendo que su género se corresponda con su sexo, aun después de haber proclamado la disociación entre sexo biológico y género en una primera instancia.

El hecho más impactante de la ingesta de hormonas fue el haber desarrollado un pene. Creo que definitivamente valió la pena. Es algo acerca de lo que nadie me previno. Quiero la faloplastia porque quiero poder ir a nadar. No tengo problemas cuando estoy en traje de baño o vestido. Es en el período de transición cuando te preguntas si alguien se va a poner a pensar... si alguien quiere tener relaciones sexuales conmigo yo necesito que sepa que no estoy hecho de la manera en la que se espera. Necesito decírselo a la gente antes porque lo contrario no es justo, y también porque no me gusta mostrar mi cuerpo a menos que sepa que lo van a recibir bien. Pero fuera de eso no es asunto de nadie. Siento que lo que le digo a la gente es: "ya que estamos, te cuento que no tengo testículos". Algunos hombres no tienen testículos porque se los han extirpado o lo que sea, hay muchas razones por las cuales se puede no tenerlos. Si ellos no se lo andan diciendo a todo el mundo, ¿por qué debería hacerlo yo? Y no creo que el asunto vaya más allá de eso.

Gerry

Otras personas transgénero para quienes su identidad de género no concuerda en todo con sus genitales físicos negocian la disonancia y esperan desestabilizar el género dentro de su propio sentido de identidad y en la sociedad, pero esta expresión de diversidad permanece invisible para el *establishment* médico y psicológico, cuya tarea es mantener las normas y estereotipos culturales, y no producir gente rara.

Hasta que los genitales se acomoden a la identidad, se espera que las personas transgénero permanezcan célibes. El mandato es que los genitales con que nacen las personas transexuales sólo les pueden producir repugnancia, y que no pueden obtener placer con ellos. Por eso, la actividad sexual inapropiada para el género elegido permanece silenciada. El libreto que se usa frente a las clínicas, copiado de los casos que presenta Harry Benjamin en su libro de texto sobre la transexualidad, no tiene casi referencias a la sexualidad o a la percepción erótica del cuerpo, lo que perpetúa el mito del impulso sexual mitigado y de la disfunción sexual.

Varias veces consulté a psiquiatras. Me dieron opiniones contradictorias. Yo me había acostado con un par de tipos, y me gustó hacerlo. Uno de los psiquiatras me dijo que si había disfrutado del sexo eso significaba que yo no era transexual, porque de serlo, la sola idea de hacer algo con mi cuerpo debería horrorizarme. Eso me confundió muchísimo... Ésa era la actitud común a fines de los ochenta. Muchas/os de mis amigas/os transexuales mayores me han contado esto, y tuvieron que creérselo

para poder acceder a la consejería psiquiátrica, y entonces vivieron el sexo como un problema colosal, aun cuando la cirugía funcionó. A la gente la estimulaban a tener expectativas poco realistas. Ésta es una de esas áreas en las que los médicos confunden a la gente con su ridícula arrogancia.

Roz Kaveney

Decidir con qué genitales está bien sentir placer, tal como lo hace el establishment médico-psiquiátrico, es un factor de opresión para las personas transexuales. Las reglas restrictivas acerca de cuál es la actividad sexual adecuada para el género sólo producen culpa y vergüenza. Es claro que se considera menos patológico que las personas transexuales tengan la fijación de conseguir los genitales "adecuados" frente a la posibilidad de pensarse como mujeres con pene u hombres con vagina.

Kessler y McKenna, Gender

Si el establishment médico-psiquiátrico, a través de las clínicas de género, no logra que las personas transgénero se ajusten a las configuraciones y conductas de género socialmente aprobadas para el rol que eligen, entonces interviene el sistema legal para apoyarlo y preservar el statu quo.

La Comisión de Derechos Humanos en los Estados Unidos está considerando excluir a las personas transgénero de la legislación propuesta, o sea, excluir la orientación de género, incluyendo sólo la sexual. Si se estudia la legislación vigente y la propuesta en el mundo entero, la mayoría incluye requerimientos quirúrgicos, por ejemplo faloplastia, para poder acceder a derechos legales. Así es como la mayoría de la gente en la comunidad de trans de mujer a varón nunca puede tener acceso a esos derechos, a menos que vayan y se hagan una carnicería en su cuerpo. Es abrumador. Casi toda la legislación que existe en el mundo exige la esterilidad antes de darte los derechos que te corresponden. Realmente ¿somos tan inhumanos e inhumanas que no tenemos derecho a reproducirnos?, ¿que no tengamos derecho a protección legal alguna? Por lo que yo sé, la comunidad transgénero-transexual está formada por las personas más humanas que he conocido. Cada cual con su locura, son la gente más sana y más común que he conocido.

Stephen Whittle

Algunas personas transexuales pueden sentir remordimientos por no poseer genitales en funcionamiento que armonicen con su identidad de género elegida, aun manteniendo una postura crítica acerca de que sus genitales no tienen por qué ser la copia de los típicos sino que pueden ser algo exclusivo de la experiencia transexual. Por ejemplo, la metoidioplastia es una técnica que libera el pene clitorideano de los trans de mujer a varón, dando como resultado una configuración genital de tipo intermedio, más parecida a lo que es el pene de algunas personas intersexuales. Querer esos genitales es querer los genitales de un hombre transexual, y no los de un hombre genético. Lo que el cirujano o cirujana ofrece como componenda se convierte para algunos trans de mujer a varón en una postura de orgullo transexual, y en una negativa a someterse a operaciones que lastiman e invaden el cuerpo, y que pueden destruir toda potencialidad orgásmica.

La primera vez que tuve noticias del término *pansexualidad* fue en una entrevista que Cherry Smith le hizo a David Harrison para un artículo sobre lesbianas transgénero

y transexuales de mujer a varón para la revista *Attitude*, en enero de 1995. La idea de la pansexualidad me atrajo y puso a trabajar mi imaginación. Mi propia definición sería algo así: con un varón heterosexual puedo ser su peor fantasía pesadillesca, tomando la forma de un muchachito prostituto. Con una mujer heterosexual puedo ser un atractivo varón hétero; o si la veo como una de esas a las que le gustan los gays, puedo ser un marica con tendencias bi. Con una lesbiana *femme* pero dominante puedo ser un muchachito que adore sus tacos altos, o una bombero del tercer sexo, un hombre lesbiano. Con un gay puedo ser un *catamita*¹ adorador de pitos, o un dominante que le haga un *fist-fucking*. Con hombres y mujeres bi de género ambiguo y con personas transgénero de sexualidad ambigua tal vez pueda ser simplemente yo mismo.

Pienso que la pansexualidad es diversidad. Para mí, expresa una orientación, pan como en panorámico, cruzando las líneas. Esto puede significar que a mí me atraiga una mujer transexual, un hombre transexual, diferentes tipos de hombres y de mujeres [...] En este momento salgo con hombres, a los que conozco sobre todo por anuncios personales en las revistas. Busco hombres a los que describo como “fluidos” en cuanto a su orientación sexual. Eso lo pongo muy claro en los anuncios que publico, porque antes me contestaban muchos héteros que esperaban vérselas con una mujer. Y yo les decía: “no tengo aspecto de mujer”. Ellos me contestaban: “¿pero tienes genitales de mujer?”. “Sí, algo parecido a los genitales de una mujer”, era mi respuesta. No entendían hasta que no me veían y entonces, por supuesto, la cosa no funcionaba. Ellos no estaban acostumbrados a eso. Los hombres con los que la pasé mejor fueron aquellos para quienes su identidad, su orientación, no eran un tema. Porque es inevitable que si estoy con un varón heterosexual, y él disfruta del sexo conmigo, en algún lugar de su mente se va a poner a pensar “ay Dios mío, quizá yo sea gay”. O si me acuesto con un gay y le gusta, es probable que se torture pensando “tal vez yo sea hétero”. La gente con la que no he tenido que pasar por eso son los varones bisexuales o aquellos que no se ponen ninguna etiqueta identificatoria.

David Harrison

“¿Puede usted tener orgasmos con esa vagina?” —me preguntó una persona del público en el programa de Geraldo Rivera. “Claro” —respondí—. El agua corriente funciona, y la electricidad también”.

Kate Bornstein, *Gender Outlaws*